

Besos pintados de carmín de Sealtiel Alatríste

Ignacio Solares

Besos pintados de carmín de Sealtiel Alatríste es una novela de fantasmas, mejor dicho: fantasmagórica. Es la historia de Cástulo Batalla, sesentón publicista y fracasado aspirante a actor, cuya esposa, Edelmira, falleció hace poco, luego de un largo y feliz matrimonio. Sin embargo, una noche, a Cástulo se le aparece en sueños su compadre Gregorio, que falleció también recientemente y que, a pesar de la añeja amistad, siempre fue un temido rival en amores, pero sobre todo, porque siempre estuvo enamorado de la mencionada Edelmira. En el sueño, Gregorio le cuenta a Cástulo que Edelmira está con él y le deja entrever que ya en el otro mundo sí podría consumarse el pospuesto amor con ella. Cástulo monta en cólera y decide convocar al espíritu de Edelmira para advertirle de las aviesas intenciones de su compadre. Para ello acude al chino Lee (que en realidad, es vietnamita) quien tiene poderes parapsicológicos y bien ganada fama de espírita, en el Edificio Condesa, donde vive también Cástulo y su fiel amigo, casi hijo, Felipe Salcedo, periodista y escritor que al principio parece la única mente lúcida y termina por sucumbir ante la frenética trama, desde cuyo punto de vista es contada esta historia fascinante y, en efecto, fantasmagórica.

El chino Lee convoca al espíritu de Edelmira desde un ropero, que es una especie de portal al otro mundo. En su euforia, Cástulo lo abre y el alma de Edelmira regresa a vagar a este mundo. Cástulo, es un don Juan irredento que se cree “un personaje de la última frontera de la experiencia erótica, una combinación de Clark Gable, Jorge Negrete y Giacomo Casanova”. Tiene dos amantes: una joven veinteañera y una mujer madura con su buena fortuna, y Edelmira ha regresado para comunicarle algo, pero él no en-

tiende qué es lo que ella quiere decirle, pues está más preocupado en convencerla de que regrese al otro mundo ya que es muy peligroso que las almas anden por ahí desbalagadas. Como decía Yeats: “Los muertos sólo saben que es mejor estar vivos”. Pero el espíritu de Gregorio también ha atravesado el umbral hacia este mundo y anda en busca de Edelmira. Todo esto lo saben Cástulo y Felipe porque el chino les da a beber una infusión que les permite ver a los fantasmas que permanecen invisibles a los demás personajes que habitan un país llamado Santomás. Un país imaginario muy parecido a México, donde hasta los mexicanos son extranjeros.

Esta truculenta y cautivadora historia, es el marco del que se sirve Sealtiel Alatríste para volver sobre sus obsesiones, pero con una visión más desencantada y al mismo tiempo más gozosa, más profunda. A la narración de un episodio o una conversación aparentemente frívola e insulsa, le sigue una frase sublime o una sentencia de contundente verdad. Su prosa ha adquirido una cadencia sincopada, con altos y bajos, contrapuntos y armonías insólitas: la prosa de un autor maduro y en pleno control de sus facultades narrativas.

Es cierto: aquí aparecen fantasmas, pero los personajes de carne y hueso también lo son, tanto que ni siquiera se dan cuenta de su condición fantasmal. Se asustan de sí mismos si se atreven a mirarse en el espejo. Por eso, prefieren creer en fantasmas, ya que éstos resultan más verdaderos, por paradójico que parezca. Pues sólo así les es posible enfrentar sus propios demonios, sus deseos y temores. Incluso Felipe, el escritor, termina creyendo en fantasmas. No soporta la realidad y prefiere hacerla literatura para acercarse a ella, pues no la puede entender de otra forma.

No por nada, la novela inicia con una frase contundente, que se le ha venido a la cabeza a Felipe, a propósito de nada y cuyo significado quiere descubrir: “Un placer que nos atemoriza esconde un deseo abominable”. Aquí el meollo del asunto está en el verbo “esconde” y en las palabras “placer”, “deseo” y “temor”, que son temas recurrentes de la obra de Sealtiel Alatríste, pero que ahora él los lleva, literalmente, *más allá*, al más allá.

Sealtiel Alatríste ha aprendido (más bien siempre lo ha sabido pero ahora lo dice más sabiamente) que para poder decir la verdad más descarnada es necesaria la ironía. Sólo así es posible pasar el trago amargo de la verdad, como los excéntricos cocteles que prepara Cástulo Batalla. Pero el humor de Alatríste no es nunca estridente sino mesurado y hasta podría decirse que melancólico. Sigue aquí su pasión por el melodrama, pero con otro registro, que no habíamos detectado en sus obras anteriores.

El alma de los personajes de esta novela transita de lo sublime a lo ridículo y de regreso, en un mundo artificial, casi teatral donde nadie es lo que quiso ser sino lo que pudo ser, y aun así, siguen sin resignarse al fracaso, a la pequeñez de sus vidas, y por eso se inventan otras, con elementos tomados de personajes y situaciones de las películas, de versos y frases de boleros y tangos, de lemas y jingles publicitarios, de espiritismo y superchería *new age*, todo en un mismo coctel, en busca de un malogrado afán de trascendencia, que vuelve lo trágico en tragicómico, lo irrelevante en sublime, y lo falso en verdadero, en un eterno baile de dobles y hasta triples máscaras, donde finalmente logra colarse la verdad, una verdad que, en *Besos pintados de carmín*, es pura ilusión. **U**